

La revolución de 1848

The revolution of 1848

Michèle Riot-Sarcey*
Univesidad de París 8
m.riot-sarcey@wanadoo.fr

DOI: 10.5281/zenodo.3897761

Resumen: Este artículo constituye un breve resumen del trabajo de investigación realizado por la autora, la historiadora Michèle Riot-Sarcey, junto a Maurizio Gribaudo, publicado en París por Éditions La Découverte en, 2008, con el título *1848, La révolution oubliée*. Esta lectura se ha constituido en un referente importante en la actual discusión abierta en Francia sobre la relación entre historia, pensamiento utópico y revolución, y permite, al mismo tiempo, una nueva lectura del llamado «48 chileno»

Abstract: This article constitutes a brief summary of the research work carried out by the author, the historian Michèle Riot-Sarcey, together with Maurizio Gribaudo, published in Paris by Éditions La Découverte in, 2008, with the title *1848, La révolution oubliée*. This reading has become an important reference in the current open discussion in France on the relationship between history, utopian thought and revolution, and allows, at the same time, a new reading of the so-called «48 Chilean».

Palabras clave: Revolución, 1848, derecho al trabajo, soberanía, popular.

Keywords: Revolution, 1848, right to work, sovereignty, popular.

* Autora de numerosas obras sobre la historia política del siglo XIX, pensamiento utópico e historia del feminismo en Francia. Perteneció al comité de redacción de la revista *Futur Antérieur* (1990-1998). Actualmente dirige, junto a Nathalie Raoux y Maurizio Gribaudo, el seminario “Actualité de Walter Benjamin” en la *École des Hautes Etudes en Sciences Sociales* de París. En 2016 publica “*Le procès de la Liberté. Une histoire souterraine du XIX siècle en France*”, publicación ha tenido una importante acogida y ha sido ampliamente difundida. En dicha obra se destaca la intervención de Francisco Bilbao en la revolución a través de sus publicaciones en “*La Tribune des Peuples*”.

El texto que presentamos aquí fue preparado por la autora para sus presentaciones en Chile, en el marco tanto del congreso internacional *Francisco Bilbao, 1848. Entre geopolítica y emancipación*, que tuvo lugar en el Departamento de Filosofía de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación y en el Instituto de Humanidades de la Universidad de Valparaíso el año 2013. Partes de ese texto fueron publicados luego en el libro de la autora *Le procès de la liberté*, Éditions La Découverte, París, 2016

La traducción realizada por Alejandro Madrid Zan ha sido patrocinada por el proyecto APIX 03 -2019 de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación UMCE.

El lector impaciente, enfrentado a la extraordinaria abundancia de las ideas difundidas, las palabras intercambiadas y las acciones que se desarrollaron en 1848, sólo retiene de los libros de historia el triunfo de la República y su corolario, la conquista del sufragio universal. En las obras contemporáneas alcanza a percatarse de la tendencia actual, que consiste en poner entre comillas el mencionado sufragio, a fin de resaltar la particularidad del universal masculino obtenido en 1848. Pues si la revolución propiamente dicha ocupa un lugar preferente en los anales, la significación política de ese movimiento social, reducida en gran parte a las interpretaciones ampliamente difundidas por Alexis de Tocqueville, ha sido, en lo esencial, olvidada. Esa República que legitima el « sufragio universal » ha encubierto los rastros de un conflicto cuya responsabilidad se ha atribuido a las teorías socialistas. Dicho de otro modo, la inesperada insurrección de Febrero 1848 portaba el germen de la catástrofe de Junio. Ella habría alimentado así las ilusiones de las clases obreras, que soñaron durante algunas semanas con esa soberanía popular contra la cual François Guizot, gran ministro liberal de la monarquía de julio, los había, sin embargo, prevenido. Por ello, las teorías socialistas y experiencias populares han sido fácilmente clasificadas entre las utopías que, en el tiempo histórico del orden reconstituido, no disponían de ningún lugar.

En efecto, durante algunas semanas, la utopía pareció volverse verdadera. Desestabilizando el curso ordinario de la continuidad histórica, los insurgentes creyeron poder articular la idea de soberanía del pueblo con la que se identificaban. En ciertos momentos, el miedo se propagó entre las filas de los propietarios, pero la opinión dominante, bajo la influencia de los pensadores moderados, consiguió hacer callar tanto las voces excesivas como las impacencias populares. Sometida a la mirada interpretativa de los vencedores de la revolución de 1789 —convencidos de haber cumplido con su destino histórico— la mayoría se sumó, y por largo tiempo, a la percepción de una evolución temporal al ritmo moderado del progreso social. La historia política e institucional no podía enturbiarse con acciones puntuales; situaciones que, en la perspectiva de la filosofía hegeliana, debían ser descartadas de la historia, como conviene a las ideas quiméricas. Todo acontecimiento en ruptura con la lectura dominante aparecía como una incongruencia. En ese sentido, el punto de vista de Alexis de Tocqueville, anunciado algunos meses después del impacto de la insurrección de Junio 1848, se impondría de tal manera que haría superflua la investigación minuciosa y sistemática de las múltiples manifestaciones de soberanía

que surgieron durante esas semanas de agitación, tan inesperadas como insólitas. Ni movimiento de vanguardia ni inscripción en el proceso lineal del progreso, caro a los teóricos de la historia del siglo XIX, la revolución de 1848, circunscrita a los centros urbanos, especialmente a París —antes que la epidemia insurreccional se extendiera por toda Europa—, vio desarrollarse formas de organización cuyo propósito democrático no es perceptible sino hoy. Justamente, en el presente de nuestras sociedades en búsqueda de alternativas políticas.

Las causas de la revolución son múltiples y sería vano seleccionar las crisis y los sucesivos enfrentamientos que, durante las monarquías constitucionales contribuyeron, de diverso modo, a generar la explosión de febrero. Las diferentes insurrecciones y las represiones que le siguieron, siempre más duras, en 1831, 1832, y 1834, han dejado profundos estigmas, mucho más que los que dejara el tardío golpe de mano de la *Société des Saisons* en 1839. En esos tiempos de dificultades industriales, cesantía endémica y bajísimos salarios, las sociedades secretas habían perdido su encanto y Blanqui había abusado demasiado del brillo de su voz. En 1846, en el mundo rural, las malas cosechas, y el surgimiento de áreas de escasez de alimentos, recordaban los pánicos de 1789.

Ahora bien, las autoridades creían en la solidez del régimen parlamentario, a pesar de las numerosas peticiones en favor de una ampliación del sistema censitario; sin embargo, las grandes huelgas de 1840 impresionan más a la población que el estado de corrupción en el que el país parece hundirse.

La organización del trabajo es el tema de actualidad, y la miseria visible en las ciudades preocupa a los filántropos e inquieta a los moralistas. Eugène Buret, entre los suyos, se ofusca y espera movilizar realmente a sus contemporáneos para ponerle término. « Ha llegado el momento de la historia en que la esclavitud se ha convertido en un crimen personal. Imputable, justamente, a la clase que profita de ésta; el progreso de la inteligencia y la moral, provocado y realizado por el cristianismo, han obligado a todos los espíritus a reconocer que la esclavitud ha sido un abuso espantoso, y ha llegado el momento de la reparación. De igual modo, la realidad de la miseria nos será severamente reprochado si, llega el momento en que,

habiendo conocido sus verdaderas causas, no nos esforzamos en combatirlo... »¹. A partir de 1847, la campaña de los banquetes logró, entretanto, movilizar a la población con ayuda de la prensa, especialmente el diario *La Réforme* y el periódico *Le National*. La rebaja del censo, hasta entonces de 200 fr., significaba una reforma sensata en opinión de todos los artesanos, tenderos, comerciantes, excluidos del sufragio, sin contar las clases populares, poco acostumbradas a ser tomadas en cuenta por los representantes políticos. « Durante más de seis meses, el campesinado llega a los principales centros urbanos... ». Se brinda por la « reforma electoral », pero también por el « fin de la corrupción », « la abolición de la miseria por el trabajo », o « la mejora de la suerte de las clases laboriosas » [Gribaudi, Riot-Sarcey, 2009]. Pero la prohibición del banquete del 30 diciembre de 1847, organizado por los oficiales de la guardia nacional del XII comuna, incita a los rebeldes a desobedecer la ley — que prohibía toda reunión— y, de hecho, provoca la insurrección del 22 de febrero.

En cuestión de días, el régimen se derrumba y el rey Louis-Philippe abdica el 24 de febrero. Rápidamente se erige un gobierno provisorio bajo la presión del movimiento popular, acompañado por la prensa, cuya vigilancia no claudica. En el *Hôtel de Ville*, símbolo del ejercicio del poder popular, expresión de la soberanía en acto, las delegaciones continúan sumándose en torno al gobierno provisorio. Algunos demandan una verdadera República, otros, una disminución del tiempo de trabajo, un aumento de salarios o que se mejore la condición de los más desposeídos. Las reformas no se hacen esperar. Rápidamente, se impone la idea de república y, para gran sorpresa de los antiguos republicanos, todos parecen sumarse a ella; « los republicanos de la primera hora », poco numerosos hasta febrero, vieron, en pocos días, sumarse a sus filas un número inesperado de « republicanos del porvenir ». Los decretos se suceden a un ritmo inusitado. El 25 de febrero, se proclama el derecho al trabajo; el 26, la abolición de la pena de muerte, que, por razones políticas proporciona, de alguna manera, el tono de esta República que marca su distancia respecto al Terror de 1793; el mismo 26, a la creación de la guardia nacional móvil le sigue, el 8 de marzo, la apertura de la guardia nacional a todos los ciudadanos — primera expresión de sufragio, pues cada guardia participará en la elección de los oficiales. La libertad de prensa, de reunión, de asociación se acompaña, desde el 2 de

¹ BURET, Eugene. *De la misère des classes labourieuses en Angleterre et en France*, Tome I, Paulin Librairie, Paris, 1840, pp. 85-86. (Reedición EDHIS, 1979, PARIS).

marzo, de decretos que responden a las reivindicaciones de los obreros en huelga de 1840: la abolición de la subcontratación² y la limitación de la jornada de trabajo (10 horas en París, 11 horas en provincia), luego que se votó la apertura de los talleres nacionales. Finalmente, entre las decisiones rápidamente decretadas, habría que subrayar la abolición de la esclavitud, el 4 de marzo, que respondía a la impaciencia de los esclavos de la Martinica, de Guadalupe, de Guyana y La Reunión.

Independientemente de los aspectos simbólicos de la Revolución —como el que representa la batalla por la bandera que tuvo lugar también en la *Place de Grève*, a un costado del *Hôtel de Ville*— la especificidad de la revolución de 1848 radica, sin duda, en la indefectible relación entre lo social y lo político. Numerosos son los actores que, sin pertenecer a las filas de los insurgentes de la primera hora, lo perciben así: a diferencia de 1789, 1848 sería antes que nada —lo desearan o lo padecieran— una revolución social con consecuencias políticas, inesperadas para algunos, temidas por otros.

Dicho de modo más preciso, es una revolución que esperaba concretizar los principios de 1789. Así, el *slogan* de república democrática y social aparece desde febrero en sus banderas; eso supone, según la minoría activa, la efectiva puesta en práctica de las promesas de la revolución de 1789. Alexis de Tocqueville lo ha entendido perfectamente cuando analiza, entre sus recuerdos, las causas del temor que muestran los propietarios tanto en las ciudades como en el campo durante las semanas que precedieron a las elecciones (del 23 de abril) del sufragio pretendidamente universal. « Desde el 25 de febrero, surgieron impetuosamente millares de sistemas extraños de los espíritus de innovadores, y se difundieron en el espíritu perturbado de la multitud. Todo permanecía en pie, salvo la realeza y el parlamento, y parecía que por el choque de la revolución la sociedad misma hubiese sido reducida a polvo, y que se hubiera abierto concurso sobre la forma que habría que dar al edificio que se iba a erigir en su lugar; cada uno proponía su plan; algunos lo proponían en los diarios; estos otros en los afiches que cubrieron rápidamente los muros; otro a cielo abierto a través de la palabra. Unos pretendían terminar con la

² Abolición del « *marchandage* ». Para una descripción precisa de estas demandas, véase “1er mars: les ouvriers au Palais de Luxembourg”, en GRIBAUDI, Maurizio; RIOT-SARCEY, Michèle 1848, *La révolution oubliée*, Éditions La Découverte, Paris, 2009, especialmente pp. 94-97.

desigualdad de fortunas, otros la desigualdad de las luces, un tercero intentaba nivelar la más antigua de las desigualdades, aquella entre la del hombre y la mujer; se dictaban recetas contra la pobreza y remedios contra ese mal del trabajo que atormenta a la humanidad desde que ésta existe. »³

Si Tocqueville atribuye a las teorías socialistas la responsabilidad del caos social, los actores del movimiento revolucionario —y con ellos todos aquellos que aspiran a la reforma de la sociedad—, en lugares y momentos diversos: de marzo a junio, o aún en julio de 1848, durante algunas semanas de intensa agitación, todos y cada uno se afanan en precisar concretamente lo que la soberanía popular en acto debía cambiar en la realidad. Como si 1848 se convirtiera en el tiempo de experimentación para el pensamiento de Jean-Jacques Rousseau, aquel del *Contrato social* y el *Tratado de las desigualdades*.

El ejercicio de la soberanía popular toma forma en los centros urbanos, al interior de los colectivos instalados por el gobierno provisorio: durante la elección de la guardia nacional, en la organización del trabajo de los talleres nacionales, en la calle; en el centro de los pequeños grupos que designan sus representantes en la Comisión de Luxemburgo; en los clubes, convertidos inmediatamente en lugares donde la palabra popular se hace escuchar sin ambages. Y, por supuesto, en las manifestaciones simbólicas, como en París o Lyon, cuando la multitud muestra su preferencia por la bandera roja.

Alfonso de Lamartine, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno provisorio, tomando sus distancias de los insurgentes, supo, con su talento retórico, persuadir a la multitud de renunciar a « sus quimeras » imponiendo la bandera tricolor. Como atestigua, « A medida que bandas premunidas de armas de todo tipo, fusiles, pistolas, sables, picas, bayonetas, puñales, llegaban a la plaza, algunos hombres instalados allí recortaban, distribuían y arrojaban a esos millares de manos levantadas pedazos de escarlata que la multitud se apresuraba a pegar en sus vestimentas, en sus camisas de tela azul, en sus sombreros. En poco tiempo el color rojo surgía en infinitos brotes, de mano en mano y de un pecho al otro, recorriendo zonas enteras

³ TOCQUEVILLE, A de. *Souvenirs*, texte étbli par Luc Monnier, Folio, Gallimard, Paris, 1964, pp. 128-129.

de la ribera, de las calles, de la plaza de *Place de Grève*, encantando o ensombreciendo las miradas de los espectadores apostados en las ventanas del *Hôtel de Ville* »⁴. El 25 de febrero, a pesar de esta derrota simbólica, la victoria se confirma y la multitud nuevamente se precipita, feliz de enterarse de la disolución de la guardia municipal, despachada al mismo tiempo, o casi, que la proclamación oficial (el 27 de febrero) de la República. Se confraterniza, entonces, declamando los poemas de Pierre Dupont.

Baudelaire, el poeta, y no el dandy del cual la historiografía sólo ha subrayado sus diatribas contra el general Aupic, su suegro, saludó ese momento soñado de conquista de la libertad. « ¡El pueblo es bello! » —exclama, después de haber recorrido las barricadas de febrero. « Quien quiera ver hombres bellos, hombres de seis pies, que venga a Francia. Un hombre libre, quienquiera que sea, es más bello que el mármol —escribe, precisamente en *Le Salut Public*—, y un enano vale tanto como un gigante cuanto lleva la frente en alto y el sentimiento de sus derechos de ciudadano en el corazón ».⁵

La fiebre social, cuya dimensión política es profundamente resentida por todos los conservadores del orden, se extiende ahora hacia Luxemburgo. Los obreros, finalmente libres de asociarse, creen en las realizaciones de la nueva república, a pesar del rechazo del Ministerio del Trabajo. Delegaciones de trabajadores de todas las categorías no cesan de circular con sus estandartes con el fin de saludar a la República al mismo tiempo que presentan sus reivindicaciones. Hasta el 16 de abril, « es una marea incesante de obreros » la que se presenta ante los representantes. [Gossez, 1967, p. 39]. El decreto del 28 de febrero que instituye la Comisión del gobierno para los trabajadores, llamada « comisión de Luxemburgo » no se equivoca. La comisión se organiza como una expresión de la soberanía del pueblo. « Considerando que la revolución, hecha por el pueblo, debe ser hecha para él; que es hora de terminar con los prolongados e inicuos sufrimientos de los trabajadores; que la cuestión del trabajo es de una suprema importancia; que no hay ninguna preocupación más alta y digna que ésta para un gobierno republicano; que incumbe

⁴ LAMARTINE, Alphonse de. *Oeuvres Complètes*, publiés et inédites, "Memoires Politiques", chez l'auteur, rue de la Ville-l'Eveque, Paris, 1863, pp.338-339.

⁵ BAUDELAIRE, Charles. *O. C.*, tomo II, Gallimard, La Pléiade, Paris, 1976, p.1032.

sobre todo a Francia estudiar arduamente y resolver un problema planteado hoy en día en todas las naciones industriales de Europa; que se debe apuntar, sin la menor tardanza, a garantizar al pueblo los frutos legítimos de su trabajo; el gobierno provisorio de la República establece una comisión permanente, que se llamará comisión de gobierno para los trabajadores, la que se constituirá con la misión expresa y especial de ocuparse de su suerte »⁶. La población obrera adhiere o querría creer plenamente en este programa y deposita su confianza en Louis Blanc, a quien conoce por su interés en favor de la organización del trabajo, y en la presencia del obrero Albert, como representante de una categoría social por largo tiempo ignorada, le permite esperar una mejora en la suerte de la clase más numerosa y más pobre. Las propuestas se multiplican, especialmente después de las elecciones, cuando la amenaza, respecto a los talleres nacionales, comienza a manifestarse.

Desde hace largo tiempo ya se ha impuesto la tradición de las peticiones entre una población excluida del sufragio, la que utiliza a voluntad ese ese modo de intervención ante los representantes del pueblo. Se manifiestan, ciertamente, los letrados, pero los obreros, torpes con la escritura, no dudan en recurrir al escribano público a quien se le dictan sus quejas y con ayuda del cual se formulan proyectos de reformas, sean ponderadas o radicales. Las demandas enviadas a los representantes son uno de los medios de expresar su punto de vista. La revolución de febrero supo transformar aquello que era ya una costumbre —desde la revolución de 1789— como expresión de la voluntad y, por ello, de la soberanía del pueblo. Empezar una gestión a través de los representantes parece algo evidente.

Pero desde febrero la denuncia pública, ordinaria en las monarquías constitucionales, se transforma en poder de expresión libre. Como si los demandantes se acogieran a un derecho natural, a la vez político y social, que consiste no en delegar su soberanía sino en expresarla plenamente dando su opinión sobre la organización de la sociedad. Toda la actualidad es objeto de discusión, obviamente, la organización del trabajo, la mejora en el funcionamiento del tribunal de *prudhommes*, la repartición de las remuneraciones, la protección de la vejez junto a la propuesta de cajas de jubilación, así como también la reorganización de la

⁶ Revue des Deux Mondes, XVIII ANNÉE, Nouvelle Série, Tome XXII, Paris, 1^o avril, 1848, p. 236.

producción industrial y agrícola; los proyectos para secar los pantanos en Sologne y propuestas más puntuales ligadas a los proyectos del gobierno.

Así, los trabajadores de la comuna de Arras se pronuncian en favor de la contratación « de los trabajadores sin fortuna » de ese barrio, una vez que el Estado haya llegado a adquirir los ferrocarriles. « Los abajo firmantes, delegados de los trabajadores de la comuna de Arras, *Pas-de-Calais*, declaramos, sobre la manifestación de seiscientos trabajadores sin fortuna, por la obtención de la cuestión de la adquisición de los ferrocarriles por parte del gobierno republicano a lo cual otorgamos nuestra aprobación »⁷. La carta manuscrita concluye con una demanda en favor del empleo de los más desfavorecidos. Se elaboran propuestas para la reorganización del trabajo. Enviadas en varias copias, impresas a veces o manuscritas, son frecuentemente firmadas nominativamente: todas las categorías profesionales se encuentran representadas, desde los obreros empapeladores de muros del *Faubourg Saint-Antoine* hasta los obreros albañiles y carpinteros de la ciudad de Albi. Quienes se manifiestan son especialmente los trabajadores, pero también hay numerosos fabricantes artesanos, o industriales que se hacen eco de las demandas de sus conciudadanos al mismo tiempo que exponen sus propios intereses. Así, por ejemplo, en « un plan de asociación de capital, del trabajo y de las capacidades intelectuales » que proponen los ceramistas de Longwy, y que firma el fabricante y cuatro delegados obreros, bajo la patente influencia de las teorías de Saint Simon, escribe su redactor: « Este sistema de asociación hará ingresar al obrero en la vía de la economía en la que tanto le cuesta dar los primeros pasos; pone término a la competencia desleal, a la guerra entre patrones, en la que el obrero, instrumento ciego, es siempre víctima o verdugo »⁸.

La tarifa, fijada por contrato, es una de las preocupaciones centrales de quienes prevén una reforma inmediata de la organización salarial, como acertadamente lo mostrara Rémi Gossez. Los proyectos aspiran a ser precisos y concretos. Así, la asociación fraternal de obreros » albañiles y canteros de piedra fijará el salario de diferentes oficios por jornada de trabajo de la manera siguiente: « director, 6,50 fr.;

⁷ Consignado en RIOT-SARCEY, Michèle. *Le procès de la liberté*, cap. 2, Éditions La Découverte, Paris, p. 37.

⁸ RIOT-SARCEY, Michèle. *Le procès de la liberté*. p. 37

cantero, 4,50 fr.; albañil, 4,25 fr.; cochero, 3,25 fr.; peón, 3,25 fr.; mozo, 2,50 fr. ». Otros afirman que se declararán en huelga si el patrón no respeta la tarifa obtenida por contrato firmado por ambas partes. La *Société Générale de la corporation* de zapateros redacta así el artículo 21 de sus estatutos, « Los patrones que contraten a obreros por una tarifa menor que la indicada por la sociedad será objeto de huelga mientras no retomen la vía correcta, y los obreros será privados de asistencia durante tres meses »⁹.

Otros, finalmente, proponen una reforma global de la sociedad a partir de un análisis de la situación social y política del momento. Muchos de los demandantes intentan definir la forma específica de la revolución de 1848: para todos, la revolución es a la vez política y social, pues la idea de una separación entre los dos dominios es ajena para la mayoría de ellos, que aspiran a contribuir a « la reconstrucción del nuevo edificio ». La memoria de 1789 reaparece, como en el caso del ciudadano Aubrée, campesino bretón, hijo de un republicano del 89, enrolado voluntariamente en el *3er batallón de Ille et Vilaine*, y luego capitán del 52º regimiento de infantería de línea, que escribe a los « Ciudadanos representantes del Pueblo »:

« En una circunstancia tan grave, en que se agitan y serán discutidas las más profundas cuestiones de economía política y social, es deber de todo ciudadano, amigo sincero de su país, que sea republicano de la primera hora o de la actual, aportar lealmente la parte de materiales que él cree propios para la reconstrucción del nuevo edificio »¹⁰. La interpelación de los ciudadanos representantes del pueblo no es neutra. Cualquiera fuere el resultado de las elecciones, los republicanos de 1848, comprometidos en el movimiento revolucionario, tienen una conciencia práctica de la representación democrática. La república democrática y social, a la que aspiran, no es una simple fórmula, ni tampoco sólo una divisa bien definida en las peticiones dirigidas a los representantes: es una idea de múltiples facetas cuyos efectos deberían hacerse sentir en la vida de todos; es, de alguna manera, la prefiguración de aquello a lo que cada trabajador aspira en la cotidianeidad. Vivir libre significa detentar el dominio sobre el trabajo propio y no depender de tutela

⁹ RIOT-SARCEY, Michèle. *Le procès de la liberté*. p. 38.

¹⁰ RIOT-SARCEY, Michèle. *Le procès de la liberté*. p. 31.

alguna, y sobre todo de ninguna arbitrariedad. Ya se trate de la obtención de una tarifa garantizada, la organización racional de la producción agrícola e industrial, la libertad de la prensa, la libertad de Polonia, lo que se juega es justamente la cuestión de la libertad soberana.

Por cierto, la cuestión de las elecciones se encuentra en el centro de las preocupaciones de las autoridades republicanas, así como de todos los republicanos, socialistas y comunistas, pero su organización democrática, alejada de las influencias de los notables, es para los insurgentes una preocupación tan importante como su resultado. Desde la perspectiva revolucionaria, la elección por sufragio, pretendidamente universal, es ciertamente esencial, pero no es más que un complemento de otras formas de expresión de la soberanía, y el dispositivo representativo que se desprende de él no es más que un momento en el ejercicio del poder soberano. Los clubes, la prensa, las manifestaciones diversas durante las jornadas revolucionarias, todo se suma a la puesta en práctica de una soberanía plena y efectiva, en la búsqueda de una representación conforme a las aspiraciones de todos aquellos que en 1789 habían olvidado, como lo observara, desde 1808, Charles Fourier.

Como si Jean-Jacques Rousseau viera los primeros pasos de su programa franquear la barrera del realismo republicano. «Desde el momento en que el pueblo se reúne legítimamente como cuerpo soberano, toda jurisdicción de gobierno cesa, el poder ejecutivo se encuentra suspendido y la persona del último ciudadano es tan sagrada e inviolable como la del último magistrado, porque allí donde se encuentra el representado no hay representante»¹¹. En ese sentido, el rol de los clubes y de la prensa cobra pleno sentido. Los títulos de los diarios son particularmente explícitos: *La Vraie République*, *Le Peuple Constituant*, *La Démocratie Pacifique*, *Le Peuple*, *La Liberté...* Convencidos de asistir a la consumación de 1789, pero preocupados por distanciarse de la vía arbitraria y destructiva del Terror, los diferentes movimientos populares son comprendidos como la expresión de esa misma soberanía a la que temía Francois Guizot. Por ende, ninguna categoría de la población puede ser

¹¹ ROUSSEAU, J.J. *Du Contrat Social*. Reedición, Garnier Flammarion, 1966, Paris, p.132.

excluída de su puesta en práctica. Es en este contexto que hay que entender el compromiso de las « mujeres de 1848 ».

Más modestas que sus congéneres masculinos, ellas no buscan sino hacer escuchar *La voz de las mujeres*, siguiendo la lógica común que consiste en reclamar la aplicación de los principios republicanos. Con el fin de hacer justicia a todas las mujeres, ellas demandan, en nombre de la fraternidad, la realización de la igualdad y desean participar en la gran obra de regeneración social que se prepara (*Voz de las mujeres*, 1848). Si bien es cierto que no son escuchadas, ni siquiera por los republicanos socialistas, su actividad durante la revolución no es captada como una acción de vanguardia, sino como un movimiento que acompaña la voluntad soberana de un pueblo que moviliza esperanzas posibles, durante el breve período del proceso revolucionario. Posteriormente, su actuar aparece solamente una vez consumado, como un compromiso inconveniente que parece ininteligible para la mayor parte de sus contemporáneos.

En ese mismo sentido hay que entender la resistencia y la expansión de las asociaciones después de junio de 1848. La idea de asociación parecía corresponder no solamente al espíritu de libertad que reinaba entonces, sino que respondía a la preocupación de todos los cuerpos de oficios. Lejos de querer restablecer el sistema de las corporaciones del Antiguo Régimen, la intención de los trabajadores asociados consistía simplemente en organizar, en lo cotidiano, su propio trabajo, hasta imaginar posible una reestructuración de la producción agrícola e industrial. Consideradas durante mucho tiempo como una herencia de las « divagaciones utópicas » de un Owen, Fourier, Saint Simon o Cabet, o, en menor medida, una supervivencia de las antiguas corporaciones, las asociaciones responden a la organización del trabajo —reivindicación central de los insurgentes de febrero. « La asociación es un proyecto total, una apropiación corporativa de los medios de producción »¹² que puede asumir múltiples formas.

Si el movimiento se consolida después de 1848, específicamente con el proyecto de *Unión de las asociaciones solidarias y fraternales*, de Jean Deroin, el cual reagrupa, en junio de 1849, más de cien asociaciones, es, de alguna manera, en la forma de un

¹² Véase Aprile, S.; Clavier, L.; Hincker; L., Mayaud, J-L, 2004.

contra poder, en respuesta a la ausencia de representación obrera en la Cámara de Diputados elegida en abril de 1848. En cierta manera, los trabajadores reunidos ponene en práctica el llamado lanzado, desde su prisión, por Pauline Roland al « gobierno directo de los trabajadores ». La idea del gobierno directo, rápidamente asociada a la democracia directa de la Atenas antigua, es, todo lo contrario, una forma moderna de ejercicio de la soberanía. Un gobierno de ciudadanos reunidos en el espacio de una intervención individual y colectiva: aquel de la comuna, del taller o de la manufactura; un gobierno « inmediato » de los hombres sobre las cosas a su alcance; una formalización de la idea de República donde el pueblo se gobierna a sí mismo. En su defecto, « la abstracción del pueblo universal domina entonces al pueblo real », concluyen Charles Fauvety y Charles Renouvier en 1851.

Es eso lo que se juega en la revolución de febrero de 1848: pasar del universal abstracto de los principios liberadores a la concretización de la libertad. Durante este acontecimiento, "el más formidable en la historia de las guerras civiles en Francia" según Karl Marx, se manifiesta, permanentemente, una voluntad popular soberana —incluso en el curso de las jornadas revolucionarias del 17 de marzo o del 16 de abril, que preceden las elecciones. Manifestación soberana que se enfrenta a la incomprensión de los notables republicanos durante la gran jornada en favor de la libertad de Polonia, el 15 de mayo.¹³ El gobierno republicano había adquirido su legitimidad durante las elecciones nacionales que fueron ampliamente plebiscitadas. El derecho pasaba entonces al campo de los representantes, con el costo que ello comportaba para los republicanos de la primera hora (cerca del 80% de los electores han enviado una muy amplia mayoría de republicanos moderados, entre los cuales una parte de legitimistas recientemente convertidos). Los elegidos, y sólo ellos, encarnan, en adelante, la soberanía. Imperceptiblemente, bajo el orden republicano, la idea de soberanía en acto, atributo de cada ciudadano, se iba a extinguir. Ahora bien, la insurrección de junio demuestra la importancia de la idea en los espíritus. La disolución de los talleres nacionales significaba el entierro del derecho al trabajo; y, al mismo tiempo, la quintaesencia de la república, que los trabajadores creían al alcance de la mano, se viene abajo. La insurrección de junio, movimiento inesperado

¹³ Véase Hayat S. *Au nom du peuple français, la représentation politique en question autour de la révolution de 1848 en France*, thèse d'histoire, Université Paris 8, (2011).

profundamente temido, demuestra la fuerza del derecho de los insurgentes tal como lo habían concebido. La organización del trabajo, el derecho al trabajo, la jornada de 10 horas, en su conjunto figuraban en la idea de república democrática y social.

Se trata justamente de la misma voluntad soberana que expresan los manifestantes durante esas jornadas. Daniel Stern, uno de los testigos, lo comprendió perfectamente. «Lo que otorgó su poder a la insurrección de junio así como su increíble duración, aunque no haya tenido nunca ni un plan ni un jefe, es que asumió desde el comienzo el carácter de una justa protesta contra la violación de un derecho, algo que se va a conservar hasta el final en el espíritu de muchos; tenía, a pesar de los elementos impuros que la corrompían, a pesar de las violencias que se cometieron, un principio moral, un principio extraviado, pero verdadero, de entusiasmo, de devoción, de heroísmo: un monte sagrado interior en el que el pueblo sentía el derecho»¹⁴.

Igualmente, por esa razón la represión fue tan feroz. Fue equivalente al temor resentido por los poseedores, cualquiera fuese su origen, a lo largo de todas esas semanas.

Ese tiempo tan singular, en el que al mismo tiempo que se derrumban las certidumbres y surgen las esperanzas, las palabras críticas son tan prolíficas, tan convincentes, que hacen posible creer en la acertividad de la voluntad popular. Ahora bien, mientras esta fracción de la población activa, inventiva, se proyecta ya en el porvenir, elabora planes, concibe una sociedad nueva, construye un edificio social a la medida de sus aspiraciones, la otra parte de la población, temerosa, temblorosa de perder lo que tiene, conciente de su influencia, prefiere la seguridad de tutelas públicas y locales en lugar de concebir la aventura humana. En fin, el poder de las notabilidades, la imposición de la opinión conservadora, el extraordinario despliegue de fuerzas policiales, intelectuales y morales donde los filántropos se juegan su supervivencia al lado de las autoridades, en último término, el conjunto de esos poderes en acto vencería a las minorías, por muy activas que estas fuesen.

¹⁴ GRIBAUDI M., RIOT-SARCEY M. 1848, *La révolution oubliée*, La Découverte, Paris, 2009, p. 205

El confinamiento de una población entera en la tradición y las mentalidades de los poseedores orienta la manera de pensar la historia. Bajo el pretexto de la representatividad, la mayoría gana, eso va de suyo. Así, en una lectura continua de la historia, cada acontecimiento situado en la escala del tiempo, es considerado como una etapa que, a la vez, contiene la precedente y anuncia la próxima. La marcha de la historia no se comprende entonces más que en función de un límite/referencia a partir del cual el historiador analiza el pasado. Desde el punto de vista del progreso social o el del gobierno, siempre el efecto determina la percepción de la causa. Aquí, el sentido de la historia se impone a su movimiento real.

Experiencias fragmentarias, aisladas, dispersas, inintegrables en la cadena del tiempo que determina el acontecimiento advenido se pierden entonces en el pasado aquí, o allá, algunas huellas, algunas ideas luminosas y proyectos fulgurantes cuyo sentido nadie comprende. Esos enigmas del pasado serán, en el mejor de los casos, identificados como otras tantas vanguardias o ilusiones que escapan a la representatividad de las categorías sociales analizadas en bloque, a distancia de los compromisos de cierto tiempo.

Tal fue la lectura de la Revolución de 1848 cuyo devenir, según creo, no puede ser entendido sino a partir de la historicidad de su acontecimiento, fuera de toda continuidad histórica. Y si de manera tan torpe y tan anti histórica las revoluciones de Machrek y del Magreb han podido ser comparadas a la Primavera de los pueblos de 1848, es simplemente porque el impacto de la revolución —ese momento tan particular en el que el pueblo insurgente está seguro de sus derechos— ha hecho resurgir las esperanzas que habían sido sepultadas bajo el dispositivo de órdenes sucesivos. En otra parte, en forma diferente, en un contexto completamente distinto, la aspiración a la libertad de otras poblaciones —igualmente minoritarias en la acción del momento— se manifiestan contra otros poderes coercitivos. Pero la amalgama de los dos movimientos contribuye a integrarlos en la misma visión lineal de la historia y no ayuda en nada al análisis del movimiento histórico al cual asistimos, en *live*, como se diría hoy.

Partir en búsqueda de experiencias pasadas, en la actualidad de un devenir posiblemente democrático, autoriza al investigador a despertar las significaciones anteriores cuya pertinencia crítica cobra pleno sentido hoy. Más allá del cuestionamiento contemporáneo sobre los movimientos sociales, que se quería

distinguir de las reivindicaciones políticas —aún habría que aclarar lo que es precisamente un movimiento social desde el punto de vista de los mismos actores— con el fin de restituir el contexto de la época, me importa, como historiadora, dar cuenta de la percepción de esos movimientos en el momento de su acontecimiento. En efecto, lejos de separar lo político de lo social, los trabajadores en movimiento, no pueden desligar esos dos dominios cuyos efectos se interpenetran. Inversamente, el orden reconstituido, liberal o republicano, prefiere descartar de lo político todo aquello que remite a eso que se ha llamado la esfera social con el fin de preservar el gobierno « de los hombres » de una entrada, por efracción, del pueblo soberano. En ese sentido, « la política », a lo largo del siglo XIX, seguiría siendo asunto de hombres libres en capacidad de gobernar a los otros, según la visión selectiva que tenían las autoridades liberales; visión bien comprendida, desde 1848, por las autoridades republicanas.

RIOT-SARCEY, Michèle.

«La revolución de 1848».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 11 N° 1. ISSN 0718-8382, Mayo 2020, pp. 281-297

Referencias

AGNES B. (2009), *L'appel au pouvoir, essai sur le pétitionnement auprès des chambres législatives et électives en France et au Royaume-Uni entre 1814 et 1848*, thèse d'histoire, Université Paris 1.

APRILE S., CLAVIER L., HINCKER L., MAYAUD J.-L. (dir.), (2004), *Comment meurt une République. Autour du 2 décembre 1851*, Créaphis, Paris.

BAUDELAIRE CH., *Oeuvres Complètes.*, tomo II, Gallimard, La Pléiade, Paris, 1976, p.1032.

BURET E. (1840), *De la Misère des classes laborieuses en Angleterre et en France*, (rééd. EDHIS, 1979), Paris.

GOSSEZ R. (1967), *Les Ouvriers de Paris*, Société d'histoire de la révolution de 1848, « Bibliothèque de la Révolution de 1848 », t. XXIV, Paris.

GRIBAUDI M., RIOT-SARCEY M. (2009, 1^{ère} ed. 2008), *1848, La révolution oubliée*, La Découverte, Paris.

HAYAT S. (2011), *Au nom du peuple français, la représentation politique en question autour de la révolution de 1848 en France*, thèse d'histoire, Université Paris 8.

LAMARTINE A. de (1850, 1863), *Œuvres complètes*, publiées et inédites, *Mémoires politiques*, tome XXXVIII, *Histoire de la Révolution de 1848*, (première édition 1850), Paris, 1862 chez l'auteur, rue de la Ville-l'Évêque, Paris.

La Revue administrative (2008), « L'individu face au pouvoir, les pétitions aux assemblées parlementaires » n° spécial.

ROUSSEAU J.-J. (1762), *Du Contrat social*, rééd. Garnier Flammarion (1966), Paris.

TOCQUEVILLE A. de (rédigé en 1850), *Souvenirs*, Gallimard (1978), Paris.